
II CONCURSO DE NARRACIONES ESCOLARES Y RELATOS CORTOS DIVULGAMAT (RSME)

La Real Sociedad Matemática Española, con la colaboración del grupo ANAYA, la editorial Nivola y la editorial Proyecto Sur, convocó el 29 de junio de 2006 la segunda edición de los concursos de Narraciones Escolares y Relatos Cortos DivulGAMAT. El plazo de presentación de trabajos finalizó el 22 de diciembre, con un importante éxito de participación.

En el concurso de Narraciones Escolares se han presentado 328 trabajos de todas las partes de España. Sorprende la calidad literaria de las narraciones de los jóvenes participantes, así como la imaginación y el optimismo de los trabajos. En muchos de los casos los centros escolares y los profesores de matemáticas (y de otras disciplinas) se han implicado en animar a sus estudiantes a participar en este proyecto. La RSME, consciente de la importancia de su trabajo, no sólo pensando en el concurso, sino para la formación de nuestros jóvenes y para las Matemáticas en España, quiere agradecerles su interés y su trabajo, y les anima a continuar en esa línea.

El objetivo fundamental de este concurso, para jóvenes de entre 12 y 18 años, es la popularización de las Matemáticas entre los jóvenes, fomentando su interés por esta ciencia, por su historia y sus protagonistas. Así mismo, tiene la finalidad transmitir a los jóvenes, y por extensión a toda la sociedad, que las Matemáticas sean entendidas como parte de la historia y la cultura del hombre. El concurso consiste en la presentación de un relato de ficción basado en un resultado matemático, un personaje relacionado con esta ciencia, una situación donde afloran las matemáticas,... Se trata de mostrar alguno de estos temas por medio de la mirada crítica e imaginativa del autor de la narración.

El primer premio (dotado de 750 euros) fue otorgado a la narración «Sonata en Sol Menor» de Lidia Esteban López (Madrid). Los dos accésit (dotados de lotes de 15 libros de las editoriales Anaya, Nivola y Proyecto Sur) han correspondido a las narraciones «Duelo en Bohemia» de Álvaro Vicente Palazón (Alicante), el primer accésit, y «La ventana» de Raquel-Macarena Rolando Urbizu (Madrid), segundo accésit. Finalmente se concedió una mención de honor a «James y el secreto del triángulo de oro» de Alicia Rosell Hidalgo (Madrid).

Puede verse el fallo del jurado en
divulgamat.ehu.es/weborriak/concursoescolar2fallo.asp

En el concurso de Relatos Cortos se han presentado 31 trabajos de distintos puntos de España, Madrid, Guadalajara, Huelva, Valladolid, Sevilla, Córdoba, Ciudad Real, Oviedo, Guipúzcoa, Vizcaya, pero también se han presentado trabajos desde EEUU, Perú y Guatemala. El jurado ha destacado la extraordinaria calidad literaria de los trabajos presentados.

El primer premio (dotado de 750 euros) fue otorgado a la narración «La última hora de Félix Hausdorff» de Álvaro Lozano Robledo (EEUU). Los dos accésit (dotados de lotes de 15 libros de las editoriales Anaya, Nivola y Proyecto Sur) han correspondido a los relatos cortos «El funeral del abuelo» de Angélica Gento Gómez (Huelva), primer accésit, y «El año de la cigarra» de Miguel Ángel Díaz Martínez (Madrid), segundo accésit.

Puede verse el fallo del jurado en
divulgamat.ehu.es/weborriak/concursorelatos2fallo.asp



La última hora de Félix Hausdorff

por

Paul Mongré

Pero Samuel, rey de Israel, dijo: «Como tu espada ha dejado sin hijos a tantas mujeres, así tu madre quedará sin su hijo entre las mujeres». Y descuartizó a Agag, rey de los amalecitas, delante del Señor. – Libro de Samuel 1:15:33

La frase fue citada por Itzhak Ben-Zvi, presidente de Israel, en respuesta a las peticiones de clemencia previas a la ejecución de Adolf Eichmann en 1962.

Bonn, Alemania - 26 de enero de 1942. Félix es el primero en ingerir los barbitúricos, en cantidad suficiente para acabar con su propia vida en menos de una hora. Charlotte, su esposa, le mira atónita, incapaz de comprender cómo han llegado hasta este punto. Edith, la hermana de Charlotte, estalla en un llanto desconsolado. Ahora, Félix ofrece los medicamentos a Charlotte y ella también los traga. Y después, consiguen calmar a Edith y, entre sollozos y lágrimas, ella los toma igualmente. «Es la única solución», se dicen los unos a los otros, pero las palabras están huecas, carentes de significado, y sirven de poca ayuda.

Félix se desploma sobre el sofá y se lleva las manos a la cara, para intentar cubrir la vergüenza que siente. Los barbitúricos no han empezado a surtir efecto pero su estómago duele amargamente, por la culpabilidad que le mortifica desde hace meses. «No he podido salvar a mi familia de una muerte de la que tantos me habían advertido», piensa. «Una muerte anunciada por familiares y amigos, e incluso advertida por el gobierno Nationalsozialistische, y aun así no hemos podido evitarla». Charlotte se acerca, imaginando los pensamientos de Félix. Ella repite la inverosímil conclusión a la que llegaron hace poco: «Es la única solución digna, tú no tienes ninguna culpa». Charlotte se sienta junto a Félix. Se miran fijamente, se funden en un abrazo y se besan secándose mutuamente las lágrimas con suaves caricias en la cara. Edith se sienta junto a su hermana y también se abrazan, se besan y se despiden con palabras de afecto.

Los primeros síntomas del envenenamiento por barbitúricos son parecidos a la intoxicación etílica, pero rápidamente la condición empeora y el sistema nervioso central queda colapsado, entrando el envenenado en un estado de insuficiencia cardiopulmonar. La primera en desvanecerse es Edith (la cual pasará varios días en coma antes de fallecer). El matrimonio Hausdorff muere poco después, cogidos de la mano.

Irlanda del Norte - 26 de enero de 1942. Dos niños juegan en una playa cerca de un puerto, intentando construir tal muralla de piedras y arena que el mar no pueda con ella. Los dos corren desenfrenados, buscando rocas y acarreando cubos de arena, pues la marea se acerca ya a las primeras líneas defensivas. Las primeras olas inundan los fosos, pero la siguiente ola se bate violentamente contra la primera muralla. Los niños se quedan quietos, expectantes, hasta que la ola retrocede. Las fortificaciones no han cedido ni un centímetro y la ola vuelve al mar, derrotada y sin fuerza alguna. Los arquitectos vitorean su proeza y retoman apresuradamente sus labores de construcción.

Tal es su concentración que no se han fijado en lo que está ocurriendo mar adentro. Cuando escuchan la primera bocina, los dos se quedan helados mirando fijamente al horizonte. Decenas de buques de guerra se dirigen hacia los muelles y la playa, saliendo de la niebla, con los cañones apuntando hacia la costa. Pálidos, los niños se miran el uno al otro, y corren espantados hacia su casa para avisar a sus padres. El primer transporte de tropas encalla en la arena y comienza el desembarco, arrasando las fortificaciones que los niños habían construido con tanto esfuerzo. Estos son los primeros soldados americanos en pisar Europa durante la segunda Guerra Mundial, trayendo consigo un rayo de esperanza pero llegan tan sólo unos minutos antes del suicidio de la familia Hausdorff.

Bonn, Alemania – 25 de enero de 1942. Félix Hausdorff redacta una carta a su amigo y abogado de la familia Hans Wollstein:

Estimado amigo Wollstein,

Cuando reciba estas líneas, los tres habremos resuelto el problema de otra forma –de la forma de la que nos ha intentado disuadir continuamente. [...] Lo que se ha hecho en contra de los judíos en los últimos meses despierta ansiedad, con fundamento, de que no nos dejarán seguir viviendo en una situación soportable.

Diga a los Philippon lo que crea oportuno, además de darles las gracias por su amistad (la cual, sin embargo, sobretodo usted merece). También dé a Herr Mayer nuestras gracias de todo corazón por todo lo que ha hecho por nosotros y, si hubiera sido necesario, todo lo que habría hecho. Nos hemos sinceramente maravillado con sus triunfos de organización, y, si no tuviéramos esta ansiedad, nos hubiéramos puesto en sus manos con mucho gusto, lo cual, en efecto, hubiera traído una sensación relativa de seguridad – desafortunadamente sólo relativa.

Con nuestro testamento fechado el 10 de octubre de 1941, hemos hecho nuestro heredero a nuestro yerno, el doctor Arthur König, con residencia en Reichardstieg 14, Jena.

[...]

Perdónenos si le causamos problemas mas allá de la muerte; estoy convencido de que usted hará lo que pueda (y que quizá no sea mucho). ¡Perdone también nuestra deserción! Le deseamos a usted y a todos nuestros amigos mejores tiempos.

Sinceramente, Félix Hausdorff.

Bonn, Alemania – 22 de enero de 1942. Erich Bessel-Hagen, bisnieto de Friedrich Bessel, camina por la calle Hindenburgstrasse hasta llegar al número donde reside la familia Hausdorff. Hasta hace un año, la mansión se encontraba en perfecto estado (la señora Hausdorff la cuidaba con gran mimo) pero ahora el edificio y el jardín se encuentra en un estado más que lamentable. En abril de 1941, los Hausdorff se vieron forzados por el gobierno a ceder gran parte de la casa a nuevos inquilinos, siendo ellos relegados a una sección ínfima de la primera planta y el sótano. Sus ventanas, por ley, habían sido decoradas con la estrella de David pero estos símbolos no duraron mucho pues en poco tiempo la lluvia de piedras rompió casi todos los vidrios.

Erich, intentando no llamar mucho la atención, toca la puerta suavemente con sus nudillos. Félix abre la puerta, pero Erich sólo ve a un fantasma, de tez blanca y arrugada, ojos preocupados y vencidos por el cansancio. Los ojos, cuando reconocen al visitante, brillan por un instante y Félix ofrece una sonrisa forzada. «Erich, que alegría de verte, por favor, pasa, pasa». Apenas hay espacio donde moverse (los muebles que adornaban la mansión ahora se pelean por el espacio en un par de habitaciones) pero consigue llegar a un sillón donde Félix le invita a sentarse. Erich se quita el sombrero pero decide quedarse con el abrigo puesto. Aunque los Hausdorff han intentado tapan los agujeros en las ventanas con telas y cartones, las gélidas ráfagas de viento (e incluso algunos copos de nieve) siempre encuentran la manera de infiltrarse en la casa. El propio Félix está envuelto en chaquetas y mantas.

Charlotte viene a saludar a Bessel-Hagen y le agradece la visita de todo corazón, como siempre, pues Erich es el único profesor de la Universidad de Bonn que les ha seguido visitando desde la jubilación obligatoria de Félix en el año 35. Edith les trae café hirviendo y unas galletas un poco rancias. Las dos mujeres se despiden de Erich y se retiran a la cocina para dejar a los matemáticos que hablen de sus cosas.

Primero, Erich habla sobre la universidad de Bonn, le habla a Félix sobre los profesores, lo que hacen («al parecer, Krull está trabajando para la Marina, en el servicio meteorológico», le comenta), en que problemas de investigación están trabajando, que charlas se han dado y que resultados han anunciado últimamente. También le habla de los rumores que se escuchan por el departamento sobre otras universidades, Berlín y Göttingen en particular. «Teichmüller ha vuelto a Berlín, para dar un curso, invitado por Bieberbach...» pero Hausdorff le interrumpe, no quiere oír hablar de matemáticos que apoyan al régimen, e incluso han colaborado en la destitución de profesores de origen judío. Félix le pregunta a Erich acerca de su investigación matemática y Erich

le explica lo que está intentando demostrar y hasta donde ha llegado. Félix reflexiona por un momento y se levanta para buscar un artículo que puede que ayude a Erich. En una esquina de la habitación hay varias estanterías rebosantes de libros de matemáticas y en el suelo hay montañas de papeles y copias de artículos de revistas de investigación. «Esta por aquí en alguna parte... Aquí esta, sí, éste es» dice Félix entregándole el artículo a Bessel-Hagen y, mientras Erich ojea las páginas, Hausdorff le explica con precisión los teoremas principales y como los puede aplicar a su proyecto. Por unos minutos, Félix parece otro hombre, su cara se ha iluminado mientras explica las ideas, las demostraciones y sus consecuencias, con una asombrosa agilidad mental para sus 73 años de edad. Erich le agradece el entusiasmo y la ayuda. Félix se sienta de nuevo y poco a poco el agotamiento y la sensación de humillación se vuelven a apoderar de su expresión.

Ahora Erich y Félix hablan sobre la Guerra. «Ojalá tuviera mejores noticias, pero Hitler parece invencible», dice Bessel-Hagen. En efecto, en sólo dos años, las tropas del tercer Reich han invadido Polonia, Francia, Dinamarca, Noruega, los Países Bajos, Yugoslavia, Grecia, Creta y, con la ayuda de Italia, el norte de África. «Inglaterra está sometida a constantes bombardeos y se rumorea que en breve comenzará su invasión. En el este, los cuatro millones de tropas que el Führer ha mandado a la Unión Soviética están avanzando rápidamente y causando estragos a su paso. Dicen que Stalin no durará mucho más». Félix escucha en silencio. «Aunque Alemania ha declarado la guerra a los americanos, no tengo esperanzas de que los americanos intenten detener la invasión de Europa, bastantes problemas están teniendo en el Pacífico». Félix asiente dándole la razón a Erich. Está convencido de que a estas alturas es imposible parar lo que esta ocurriendo. Los ingleses y americanos no tienen suficiente fuerza para vencer al Reich. «Mi única esperanza es que la Guerra acabe pronto, probablemente entonces Hitler suavizará las medidas contra la población de raza no aria... contra ustedes», pero Félix le responde que «ya es demasiado tarde, mi amigo Erich. Nos llegó la orden hace tres días, nos mandan al gueto de Endenich».

Se hace el silencio en la habitación. Sólo se escucha un llanto proveniente de la cocina. Los dos matemáticos saben que Endenich no es la destinación final sino una breve parada antes de ser enviados a los campos de concentración del este. Erich se ha quedado mudo, no sabe que decir. Los rumores de lo que está ocurriendo a los judíos de Europa en estos guetos y campos son escalofriantes. «Quizá la universidad les pueda ayudar de nuevo, quizá haya alguna manera de evitar...» dice Bessel-Hagen, a lo cual, Hausdorff con calma replica «la universidad nos ayudó por última vez el año pasado, evitando que nos mandaran al confinamiento en el convento de Kreuzberg, con los demás judíos que quedaban en Bonn. He intentado hablar con el Dekan pero el riesgo que corre si intenta ayudarnos otra vez es demasiado serio. Esta vez no nos puede ayudar nadie». Ahora es Erich el que esta pálido y se expresa con frustración «¡esto es una locura, como pueden deportarle a usted a un campo de concentración, usted que ha hecho tanto por la matemática en Alemania!

Ha de ser un error. Tiene que haber alguna solución a toda esta insensatez». Hausdorff mira a Erich a los ojos y le dice «mi querido amigo, sólo nos queda una solución digna».

Palacio de Wannsee, cerca de Berlín, Alemania – 20 de enero de 1942. «Menuda panda de hijos de puta», se dice el ministro Alfred Meyer a sí mismo, mirando a su alrededor. Todos los presentes se saludan con la mano derecha en alto, como hicieran los romanos de la antigüedad, y proclaman el «¡Heil Hitler!» antes de sentarse alrededor de una larga mesa, en el comedor principal del palacio. Alfred se sienta entre el doctor Georg Leibbrandt (ministro de los territorios ocupados del Este, como Alfred) y el ministro del interior, Wilhelm Stuckart. La mesa está presidida por el SS-Obersturmbannführer Adolf Eichmann y SS-Obergruppenführer Reinhard Heydrich. Al mismo lado de la mesa que Alfred están también sentados los doctores Erich Neumann (director del «plan de los cuatro años»), Roland Freisler (del ministerio de justicia del Reich), Josef Bühler y Martin Luther. En frente de Alfred están sentados los altos cargos: el Oberführer Gerhard Klopfer, Ministerialdirektor Friedrich Wilhelm Kritzinger, SS-Gruppenführer Otto Hofmann (de la oficina central de Raza y Deportación), Gruppenführer Heinrich Müller (Director de la Gestapo), SS-Oberführer Dr. Karl Eberhard Schöngarth y el SS-Sturmbannführer Dr. Rudolf Lange (comandante de la policía de seguridad).

El primero en hablar es Heydrich, «el hijo de puta mayor del Reich» piensa Alfred, para explicar (para que conste en acta) que el Reichsmarschall y Comandante en Jefe de la Luftwaffe, el ilustre Hermann Göring, ha ordenado esta reunión para que comiencen los preparativos de lo que será la «solución final del problema judío» en Europa y para aclarar ciertos puntos fundamentales. «Los objetivos, como todos ustedes saben, son dos», Heydrich repite parte de la circular que recibieron, «(a) la expulsión de los judíos de todas las esferas de la sociedad alemana y (b) la expulsión de los judíos del espacio vital de los ciudadanos alemanes». Heydrich prosigue diciendo que «en 1939 se estableció, por orden del Reichsmarschall, la oficina central de emigración judía para acelerar los tramites de deportación y, desde entonces, al menos...», rebusca entre sus papeles, «... 537.000 judíos han sido procesados, pero el Führer y el Reichsmarschall están poco satisfechos con el proceso, por su lentitud, y la carga económica que éste conlleva. Hasta el momento, los judíos más adinerados», como es el caso de la familia Hausdorff, «han pagado la gran parte de la evacuación de los judíos más pobres, pero se tendrán que buscar nuevas vías de financiación. Tengan en cuenta que la solución final de este problema debe comprender la totalidad de los judíos de Europa (cuyo número supera los 11 millones), y por tanto, nuevas medidas son necesarias». A continuación, se desglosaron las estimaciones de la población judía que queda en diferentes partes del Reich: Alemania propia – 131.800, Austria – 43.700, territorios del este – 420.000, etc.

Heydrich interrumpe su perorata e invita a los presentes a proporcionar ideas. Adolf Eichmann es el siguiente en tomar la palabra para explicar que

ciertos métodos empleados en algunos de los campos de concentración podrían ser la solución que buscan, si se amplían las instalaciones para tratar a grandes números a un mismo tiempo. Mientras Eichmann prosigue su monólogo a Alfred Meyer se le revuelven las tripas. Todos saben que Eichmann se refiere a la operación «14f13» y a las primeras cámaras de gas y posterior cremación que se están empezando a utilizar en los campos de Auschwitz, Chelmno y Majdanek.

«¿Doctor Meyer?», Alfred se sobresalta, no se ha dado cuenta de que Eichmann le habla directamente a él. «Quizá quiera usted explicar como se está tratando el problema judío en los territorios ocupados del este». Es ahora el turno del Gauleiter Meyer de relatar las atrocidades de las que él mismo es responsable directo: como se están localizando e identificando a los judíos en las partes ocupadas de Polonia y la Unión Soviética, como se están «tratando» a los judíos más problemáticos y como se están usando a los judíos como esclavos por «la gloria del Reich». Asimismo, Alfred advierte de que los primeros preparativos de la solución final en los territorios del este se deben llevar a cabo inmediatamente y antes de que la población se alarme, dado el gran número de judíos en estas zonas.

Cuando acaba su propio discurso las nauseas son tan fuertes que Alfred cree que va a vomitar en cualquier momento, encima de la mesa de conferencias. «Excelente trabajo», le congratula Eichmann. Alfred asiente y pasa el turno al doctor Georg Leibbrandt. La discusión prosigue pero Alfred deja de oír lo que se dice, sólo puede escuchar en su mente las palabras que acaba de pronunciar, una y otra vez. «Como he llegado hasta este punto», se pregunta incapaz de comprender ni su situación ni sus actos. Sabe perfectamente cómo otros en esta sala justifican los hechos, «sólo llevamos a cabo ordenes dictadas por los mandos superiores», pero sabe que esto es una excusa barata. Sabe que rechazar una orden significa la deshonra, su destitución y, probablemente, su ejecución... pero incluso esto parece una excusa barata cuando se está hablando de la exterminación de 11 millones de personas. Al principio, Alfred pensaba que el «tratamiento» de judíos en territorios ocupados era el lado más lamentable pero necesario de la guerra, pues, en los momentos más duros de la batalla no había tiempo para organizar una evacuación humanitaria. Pero ahora, cuando casi toda Europa se había rendido al imperio nazi, no podía encontrar justificación alguna al exterminio que se planeaba aquí.

Alfred vuelve en sí e intenta seguir con atención lo que se debate ahora: la cuestión de como tratar a los individuos de sangre mixta de primer grado, de segundo grado, matrimonios entre judíos y alemanes de sangre pura, etc. El doctor Meyer se pregunta «cuantos de esta panda de hipócritas son de pura raza aria».

Poco después, y en menos de una hora, la reunión ha acabado y la «solución final» ha sido decidida, mecanografiada a doble espacio, por una sola cara. En realidad, ha sido únicamente un trámite burocrático, pues Eichmann, Heydrich y compañía ya habían decidido casi todos los detalles de antemano, pero ahora es oficial, con la firma de todos los ministros y altos cargos del Reich,

incluida la de Alfred Meyer. Los ministros salen al jardín a fumar unos puros y disfrutar del resto del palacio de Wannsee, ahora que han cumplido las ordenes y su trabajo ha finalizado. Alfred se disculpa por un momento y va al servicio para vomitar. «Vamos todos al Infierno, al Infierno del Infierno». Esto último, no se puede comprobar. Lo cierto es que Heydrich será asesinado en mayo y Adolf Eichmann será juzgado y ahorcado en Israel, en 1962 (en su defensa alegará que solo cumplía ordenes). Ha de decirse que el único miembro que expresará públicamente su vergüenza y sus remordimientos por haber participado en tal reunión será el Ministerialdirektor Friedrich Wilhelm Kritzinger. Alfred se suicidará en 1945 y su cuerpo será encontrado flotando en el río Weser.

Bonn, Alemania – 17 de octubre de 1941. Charlotte está enferma. Se encuentra débil, febril, con náuseas y jaquecas. Un médico amigo de la familia ha venido a visitarla varias veces pero no puede establecer la causa. Probablemente, la dolencia es de naturaleza psicológica, quizá depresiva, inducida por el estrés y la preocupación constante, algo muy común en estos días que se viven en Alemania. No es fácil vivir en una nación en guerra contra el resto de Europa e incluso contra sus propios ciudadanos. En el caso de Charlotte, los problemas aparecieron a raíz de una carta que recibieron los Hausdorff, amenazándoles con ser deportados a Colonia (un primer paso hacia Polonia) y, desde entonces, no puede dormir ni un par de horas al día.

Durante su última visita, el médico le recomendó el uso de veronal, un barbitúrico que actúa como somnífero hipnótico, para que pueda conciliar el sueño y descansar. «Charlotte, le voy a dejar un suministro de veronal, suficiente para varios meses... No sé si podré volver a visitarla, espero que usted lo comprenda», se disculpó el doctor, avergonzado de su cobardía. Los Hausdorff le agradecieron al doctor todo lo que ha hecho por ellos, y le hicieron saber que no le culpan y tampoco quieren que se arriesgue más viniendo a su casa.

Hoy ha venido a visitarles otro amigo de la familia, Reinhard Wener. Reinhard y Félix se conocen desde hace mucho y se reúnen a menudo para tocar el violín y el violonchelo juntos. Charlotte aprecia la visita, pues desde la cama puede escuchar la música proveniente del salón y le ayuda a relajar los nervios, aunque sea sólo por un par de horas. Empiezan tocando duetos compuestos por Beethoven (el favorito de Charlotte) y luego tocan un par de piezas escritas por Bach y otras tantas de Mozart.

El concierto se interrumpe bruscamente cuando Edith llega a la casa, llorando y con su chaqueta hecha jirones. Félix le pregunta apresuradamente «¿qué ha ocurrido?». Incluso Charlotte se levanta de la cama, olvidándose por un momento de su convalecencia, al oír el alboroto. Reinhard también se acerca a Edith para ayudar en lo que pueda.

Entre lágrimas, Edith dice «la estrella... la estrella, me han agredido por llevarla». Los demás observan apesadumbrados la chaqueta rota de Edith, fijándose en la palabra «Judío» inscrita en la estrella de David. Por orden

oficial, han forzado a la familia Hausdorff a coser la estrella, con tela amarilla muy vistosa, a las chaquetas y abrigos. Félix aceptó la orden como una humillación más, pero intentó luchar para que su mujer y su cuñada no la tuvieran que llevar. Al fin y al cabo, Charlotte y Edith ni siquiera son judías pues se convirtieron a la religión luterana hace mucho. Aun así, sufren tantas vejaciones como Félix.

«Ya ha pasado todo, ya ha pasado, no te preocupes Edith», le dicen con la voz que se calma a un niño que cree haber visto un monstruo. «La pobre Edith...», piensa Hausdorff. Hace poco, las autoridades americanas rechazaron la petición de Edith de viajar a Estados Unidos para reunirse con su hija alegando que el número de viajes transatlánticos había disminuido dramáticamente por la guerra entre Inglaterra y Alemania.

«Edith, siéntate por favor, Herr Wener y yo vamos a tocar otra pieza para vosotras», dice Félix, mientras toman asiento. Esta vez, los músicos tocan una pieza que el mismo Hausdorff ha compuesto. Es una pieza alegre y exquisita, perfecta para la ocasión. Cuando las cuerdas dejan de vibrar, el público aplaude entusiasmado y piden un bis. Hausdorff y Wener complacen a la audiencia con otro dueto de los que Félix compuso cuando era joven. De hecho, a Félix le hubiera gustado ser compositor pero, aunque demostraba un gran talento para la música, su padre le disuadió de esta idea y Hausdorff acabó doctorándose en matemáticas (aun que su tesis versó sobre astronomía).

Neudeck, Prusia del Este - 1 de agosto de 1934. El presidente de Alemania, Paul Ludwig Hans Anton von Beneckendorff und von Hindenburg, o simplemente Paul von Hindenburg, se despierta y, lentamente con la ayuda de un criado, se incorpora hasta quedar sentado en la cama. Hindenburg respira con dificultad, el cáncer en sus pulmones está consumiendo su vida, quemándole por dentro, ardiendo como el zepelín nombrado en su honor. Aun así, el cáncer no es el peor de sus males. El peso de la responsabilidad, el peso de toda Alemania, le hunde y le agota. A sus 86 años no puede soportar más la acumulación de presión política y la crispación que se ha vivido durante su presidencia. Y Paul ni siquiera tenía interés por el puesto, en 1925, pero se vio forzado a presentarse como candidato para impedir la ascensión al poder de los socialistas, encabezados por Otto Braun. Ahora se pregunta si Braun hubiera tenido más éxito que él.

El anciano mira a su alrededor y sus ojos se posan en la persona que está sentada a su lado. El visitante está vestido de uniforme, con multitud de galones en la solapa, con las piernas cruzadas, reposando las manos en las rodillas y mirando al enfermo con dureza y desagrado. La mente de Hindenburg está derrotada, senil, y no puede acertar a reconocer esta figura. Finalmente, su mente le traiciona y Paul piensa que es su eminencia, el Kaiser Wilhelm II, el que está a su lado. «Su majestad, qué honor», dice Hindenburg, con una leve reverencia e intentando, en vano, recobrar la compostura. El visitante se sorprende por un momento del tratamiento que recibe, pero pronto se da

cuenta de que la senilidad del presidente es la razón del equívoco. En vez de sacar a Paul de su error, el visitante sonrío y asiente con un gesto torcido.

«Le he fallado, su excelencia, le he fallado a usted y su imperio...», se disculpa Hindenburg, cerrando los ojos al sentir un intenso dolor en el pecho. A estas alturas, su presidencia es una pantomima y él lo sabe, de hecho, todo el mundo lo sabe. El presidente, como todos, ha pasado a ser una marioneta más del canciller Adolf Hitler, pese a los esfuerzos del presidente para impedir el acceso de Hitler al poder. Ahora Hindenburg siente un fuerte mareo, al pensar en los acontecimientos de los últimos años de su mandato, tan inexplicables como irremediables, especialmente la vertiginosa ascensión del partido nazi: en 1928 tenían doce sillas en el parlamento, pero en 1930 ya tenían 107. Y después de la renuncia de Heinrich Brüning, en las elecciones de julio de 1932 los nazis pasaron a controlar 230 asientos del parlamento, siendo el partido más votado del Reichstag. En 1933, Hindenburg no tuvo más remedio que asumir la victoria política de Hitler, y nombrarle canciller, el 30 de enero del mismo año.

«Presidente Hindenburg, usted no me ha fallado, muy al contrario. Ha cumplido con su deber, escuchando la voz del pueblo alemán y aceptando su voluntad», dice el hombre sentado a su lado. Hindenburg abre los ojos y ahora, con claridad, ve a Adolf Hitler levantándose de la silla. El canciller se despide, con el brazo derecho en alto y la mano extendida, y se marcha de los aposentos del presidente. Hindenburg, humillado y extenuado, se colapsa en la cama perdiendo la consciencia, la cual nunca recuperará pues el presidente de Alemania fallecerá al día siguiente. Con Hindenburg muere el último atisbo democrático. Pocos días después, Hitler se autoproclamará Führer y Reichskanzler (Líder y Canciller) de Alemania.

Bonn, Alemania – 3 de abril de 1933. Como todos los lunes, y pese a los altercados del sábado, Félix Hausdorff se dirige a su despacho en la universidad de Bonn. Las calles están hechas un desastre, hay cristales rotos por todas partes y los cubos de basura parecen haber sido volcados o lanzados contra casas seleccionadas por la «raza» de sus inquilinos. Algunas de las tiendas regentadas por familias judías han cerrado sus puertas mientras que otras intentan volver a la normalidad, haciendo caso omiso del boicot antisemita organizado y promovido por el ministro Joseph Goebbels. Pero muy pocas personas se atreven a comprar hoy en estos negocios. Félix pasa por delante de una zapatería regentada por la familia Goldstein y lee el cartel que alguien ha colgado en la pared, junto a la entrada a la tienda: «¡los alemanes respetables no compran aquí!». En otra tienda cercana hay otro cartel: «Alemanes, defensores de la propaganda judía, ¡comprende sólo en tiendas alemanas!».

«Qué locura», piensa Félix y acelera el paso, sintiéndose inseguro en su propio barrio. Hausdorff, mientras camina, reflexiona sobre la rapidez con la que esta empeorando el clima político en Alemania. Está tan embebido en sus propios pensamientos que no se da cuenta de la barricada que han levantado cerca de la facultad de matemáticas. De repente, unos estudiantes que protegen

la entrada al edificio reconocen a su profesor y empiezan a gritar «¡ese es un profesor judío, qué no pase!» y otros estudiantes empiezan a proferir insultos racistas dirigidos a Hausdorff, que no repetiremos aquí. Félix les planta cara, indignado, pero cuando la primera piedra vuela cerca de su cabeza se da la vuelta y sale corriendo, o tan deprisa como puede moverse.

Unos días después, el 7 de abril para ser más exactos, el gobierno de Hitler aprueba la «ley de la restauración del servicio civil» por la cual sólo personas de raza aria pueden ocupar puestos públicos. Afortunadamente, la universidad de Bonn intercede a favor de Félix y le permiten seguir trabajando. Sin embargo, en 1935, Félix tendrá que abandonar su cargo definitivamente y jubilarse.

Greifswald, Alemania – 28 de junio de 1914. En Sarajevo un joven tuberculoso llamado Gavrilo Princip asesina a tiros al archiduque Franz Ferdinand de Austria y a su mujer Sophie. Al mismo tiempo, en Greifswald, al noreste de Alemania, Félix y Charlotte viven completamente ajenos al drama que se cierne sobre Europa. Hasta ahora, los Hausdorff han tenido una buena época juntos. Se casaron en Leipzig en 1899 y dos años después Félix pasó a ser profesor asociado en el departamento de matemáticas de la universidad de Leipzig. El nombramiento en sí tuvo su parte amarga pues siete miembros del departamento votaron en contra de Hausdorff, «por ser de la fe de Moisés», sin embargo la naturaleza bondadosa de Félix le hizo olvidar este incidente en poco tiempo. En 1902, le ofrecieron una plaza en la prestigiosa universidad de Göttingen, pero Félix rechazó esta posibilidad pues él y Charlotte se encontraban muy a gusto en Leipzig (Krull le reprochará este «error» muchas veces). No obstante, tras una breve estancia en Bonn (de 1910 a 1913), le ofrecieron una plaza como profesor Ordinarius en Greifswald, la cual aceptó gratamente (y más tarde, en 1921, aceptará una plaza similar en Bonn).

Hoy, los Hausdorff están celebrando la publicación de un libro escrito por Félix, titulado *Grundzüge der Mengenlehre* (o «Fundamentos de la teoría de conjuntos»). La hermana de Charlotte, Edith, ha venido a visitarles con su marido y su hija, y los cinco están comiendo en casa de los Hausdorff.

El *Grundzüge* no es el primer libro que Félix publica, aunque sí es el primer libro de matemáticas y el primero publicado bajo su nombre auténtico. Por ejemplo, en 1897 publicó una novela, bajo el seudónimo de Paul Mongré, titulada «Sant' Ilario» y de hecho, en esa época estaba tan interesado en la literatura y la filosofía como en la matemática. También escribió poemas y al menos otras tres novelas (bajo el mismo seudónimo), incluso una obra de teatro que fue puesta en escena en 1912 con cierto éxito. No obstante, el *Grundzüge* será la obra maestra que le convertirá en uno de los matemáticos más famosos de su tiempo. Esta obra, escrita como un libro de texto para estudiantes avanzados de carrera, es la contribución más importante a la teoría de conjuntos desde los trabajos de Georg Cantor. Por ejemplo, Hausdorff, por primera vez, define la noción de espacio topológico desde el punto de vista axiomático y en términos de conjuntos abiertos y cerrados. Asimismo define en esta obra los axiomas de separación y los espacios que llevarán el nombre

de Hausdorff en su honor. Sin exageración alguna, se puede decir que el área de la Topología nace con Hausdorff y su *Grundzüge*. Y Félix y su familia están muy orgullosos de su trabajo.

Vratislavia, Polonia – 8 de noviembre de 1868. Louis Hausdorff espera impacientemente en el pasillo, andando de una esquina a la otra y deteniéndose de vez en cuando en frente de la puerta del dormitorio. Al otro lado de la puerta su mujer, Hedwig Tietz, está sufriendo las últimas contracciones antes del parto. Los gritos se escuchan por toda la casa, helando la sangre de Louis. Ahora se escucha la voz de la comadrona, dando instrucciones a Hedwig para que empiece a empujar. Los gritos de «¡empuje, empuje!» son seguidos por más gritos de la parturienta. Louis se muerde los nudillos y decide caminar un poco más para aliviar sus nervios. De pronto, los gritos de su mujer se transforman en jadeos y luego dejan de escucharse por completo. Un breve silencio y después se escucha el llanto desgarrador de un bebé que usa sus pulmones por primera vez.

Se abre la puerta y la comadrona aparece con el bebé en los brazos para dárselo al padre. «Es un niño», le informa, «y la madre está perfectamente, aunque cansada, naturalmente». Louis con el niño en sus brazos pasa al dormitorio donde, tumbada en la cama, reposa Hedwig. Ella mira al padre y al hijo, agotada, con una sonrisa. Parece un niño sano, no tiene mucho peso pero mueve sus bracitos y pies enérgicamente. No le faltará de nada, su padre es un mercader de productos textiles, adinerado y de buena familia. Louis deposita el bebé en los brazos de su madre y los dos contemplan a su primogénito. Los dos se alegran de ver que su hijo no tiene ninguna enfermedad ni ningún defecto que salte a la vista. Pero, de lo que no se dan cuenta, es que su hijo padece el «mal» que requerirá un «tratamiento» brutal en el siglo XX, el mismo «mal» del que ellos son portadores: Louis y Hedwig son judíos y por tanto, su hijo también lo es. «Se llamará Félix», anuncia Louis.

Bonn, Alemania – 25 de enero de 1980. En 1948, la calle Hindenburgstrasse, donde otrora residiera la familia Hausdorff, pasó a llamarse Hausdorffstrasse. Hoy, un gran número de matemáticos se ha reunido en el número 10 de la calle Wegelstrasse, a la entrada del instituto matemático de la universidad de Bonn. En una ceremonia simple pero emotiva se desvela una placa que dice:

AN DIESER UNIVERSITÄT WIRKTE, 1921 – 1935
 DER MATHEMATIKER FELIX HAUSDORFF
 8.11.1868 – 26.1.1942
 ER WURDE VON DEN NATIONALSOZIALISTEN
 IN DEN TOD GETRIEBEN, WEIL ER JUDE WAR.
 MIT IHM EHREN WIR ALLE OPFER DER TYRANNEI.
 NIE WIEDER GEWALTHERRSCHAFT UND KRIEG!

(En esta universidad trabajó, de 1921 a 1935, el matemático Félix Hausdorff: 8.11.1868 – 26.1.1942. Él fue conducido a la muerte por los nacionalsocialistas, por ser judío. Junto a él, también honramos a todas las víctimas de la tiranía. ¡Nunca más ni dictadura ni guerra!)

Álvaro Lozano Robledo
EEUU

Sonata en sol menor

por

Lidia Esteban López

I. EL TELEGRAMA

Era una mañana fría de diciembre en el mar. Aquel telegrama llegó a mis manos en uno de mis viajes como capitán del Euler, casi un año después del último encuentro con Julio. La Taberna acababa de cerrar. Las calles estaban oscuras, tan sólo iluminadas por la débil luz de las farolas del puerto, sin apenas transeúntes, y yo había hecho escala en Lisboa con el fin de verle. Con los nudillos helados por el frío de aquel invierno, toqué en el cierre. Nos dimos un fuerte abrazo. Aquella noche cenamos los dos en su pequeño restaurante junto al fuego de una vieja chimenea, yo hablando de mis viajes, de mis pequeñas aventuras; él escuchando con atención mis historias, sintiendo mis palabras como si fueran suyas. No tardé en notar que se encontraba triste. Me confesó que su viejo maestro de violín, Gaston Poulet, se encontraba muy enfermo. Julio era un buen compositor y había sido también un reconocido violinista, muy respetado por sus compañeros de profesión; pero a la muerte de su mujer había abandonado la interpretación casi totalmente para dedicarse a cocinar aquellos elaborados y deliciosos platos en su pequeño restaurante en el casco antiguo, donde aquella noche para mí, junto al calor de la vieja chimenea y la compañía de aquel amigo, el tiempo cambió de forma.

Julio adoraba los clásicos: Mozart, Beethoven... también elogiaba a Schubert y a Bartók... pero su gran pasión fue siempre Claude Debussy. Cuando

acabamos los postres, Rosalie tocó al piano su «Claro de Luna». Tenía catorce años, pelo rubio indomable y unos bonitos ojos claros. Él la había criado prácticamente solo. Cuando éramos jóvenes recorríamos juntos el mundo, compartíamos nuestras aficiones. Podría decirse que yo era un naturalista al que le gustaba la música y él un músico al que le gustaba la naturaleza. De cada uno de mis viajes me pedía un recuerdo, muchos relacionados con la naturaleza, a veces libros, y conseguirlos siempre resultaba un reto para mí.

— Hoheria de Nueva Zelanda: cálizacampanado, cinco lóbulos y cinco pétalos unguiculados. Gracias Henry.

— Intenté que los pétalos se mantuvieran en su posición natural, es muy curiosa. Y bien, ¿qué querrás de mi próximo viaje? Haré escala en Atenas. Quedó pensativo un momento y de repente sonrió como si acabara de recordar algo.

Creo poder decir que fue la persona que más ha influido en mi vida. Ni siquiera la distancia establecida por mis continuos viajes logró que dejáramos de mantener el contacto, aunque sólo nos viéramos en pocas ocasiones y habláramos familiarmente en una cena agradable... como la de aquella noche, riendo juntos, hablando de nuestras aventuras... Y ahora no estaba.

II. EL ENCUENTRO CON ROSALIE MAURET DA SILVA

Todo sucedió en poco tiempo, perdió la memoria hasta el punto de que en los últimos días no llegaba a reconocer ni siquiera a su propia hija. A nadie había hablado de su enfermedad y tampoco ninguno de nosotros supo darse cuenta. Había pasado el último mes desorientado, perdiendo la cordura, hasta que no quedó nada de aquel Julio inteligente y brillante que conocí en mi juventud.

Llegué a la iglesia cuando un párroco hablaba de una vida más allá de la muerte y de esperanza. Pensé que Julio no hubiera aprobado esas palabras y el discurso quedó difuminado en mi cabeza, que se llenó de recuerdos felices, de momentos que parecían ya muy lejanos y me hacían reflexionar sobre el paso del tiempo. La gente se levantó y con ello volví a la realidad. Comenzaban a salir de la iglesia, pero yo no quería moverme: quería seguir recordando, olvidar que no volvería nunca y que no habría más recuerdos compartidos con él. Entonces vi a Rosalie acercarse. No puedo describir la expresión de su rostro, así que diré que era el de alguien que lleva demasiado tiempo llorando; un rostro cuya belleza había sido torturada por muchas lágrimas. Yo era su padrino y ella estaba sola. Entendí que era el momento de hacerme cargo de ella, así que me levanté, la abracé fuertemente e intenté reprimir las lágrimas, aunque no acabé de conseguirlo. No podía derrumbarme ante alguien que necesitaba mi apoyo.

Juntos, fuimos a La Taberna. Pensaba instalarme allí, en la casa del piso superior donde Julio había vivido los últimos años y ayudar a mi ahijada en todo lo que me fuera posible. Cuando entramos en el viejo restaurante la

ausencia de mi amigo se hizo aún más intensa. Hacía frío y todo estaba vacío. Parecía un sitio distinto cuando no podía escucharse la suave música que había acompañado las veladas de tantas noches junto a la chimenea, y las tardes con olor a café. Había silencio y oscuridad. Rosalie encendió la luz y fue entonces cuando me hice consciente de su madurez. — ¿Quieres encender la chimenea? Voy a preparar algo para cenar. —me dijo.

Encendí una vela en una mesa improvisada junto al fuego, que Rosalie completó con un reconfortante consomé y unos huevos rotos. Por un momento tuve la imagen de aquella niña pequeña que lloraba cuando se equivocaba tocando el piano, aquella a la que su padre siempre exigía y motivaba para que repitiera una y otra vez las mismas notas hasta dominarlas, con severidad y con ternura.

— Aún no he tocado nada de sus cosas personales. No... No he sido capaz. Me gustaría que se publicaran sus composiciones ¿Podrías mirarmelas por mí?

— Claro. Haré lo que pueda para que las publiquen, mañana si quieres empiezo a ocuparme de ello.

Rosalie suspiró y bajó la mirada tristemente.

— Dentro de cinco días es mi cumpleaños... Será el primer cumpleaños que pase sin él. Me dijo que tenía una sorpresa genial... parecía muy ilusionado... y ahora...

Volvió a suspirar.

Más tarde, subí a la habitación de Julio. Saqué el libro que me había pedido de mi viaje a Atenas, un magnífico estudio acerca de los frisos del Partenón que ya nunca llegaría a sus manos. Encendí la mesita de noche, me tumbé en su cama y leí hasta quedarme dormido.

III. EL SUEÑO

«...Estaba frente a mí. Julio cogió el libro de mis manos y dijo como agradecimiento:

— Cinco lóbulos y cinco pétalos. ¡Cinco líneas!

Como si estas fueran unas palabras mágicas, a su alrededor comenzaron a trazarse pentagramas. Entonces cantó, y notas salieron del interior de su boca para posarse en los pentagramas componiendo una melodía que sonaba a tristeza y a locura. Mientras se escapaban las notas, su cuerpo iba desapareciendo poco a poco. La melodía sonaba cada vez más fuerte, hasta que se quedó parada en una nota perfecta. El cuerpo de mi amigo estaba a punto de desaparecer y la nota en que se había quedado parada la melodía sonaba más y más fuerte hasta llegar a causarme dolor. Entonces sus manos desaparecieron también, y el libro cayó al suelo con un tremendo estruendo y descomponiéndose en miles de hojas de plantas, pétalos y raíces que me rodearon...»

Abrí los ojos de repente. Cogí el libro del suelo. Estaba intacto. Lo llevé al estudio de Julio y lo dejé en la estantería donde creí que hubiera tenido su sitio. Entonces me fijé en los títulos de otros ejemplares. Seguí ojeando las

estanterías y por fin abrí los cajones de su escritorio. Empecé a curiosear entre sus apuntes, sin saber muy bien qué buscaba, hasta que di con un gran archivador. Pasee mi mirada por sus páginas rápidamente. En ellas había gran número de ilustraciones realizadas por Julio: bocetos a lápiz, dibujos de hojas, plantas, moluscos, el cuerpo humano o edificios, hechos con tinta y acuarela. Además estaban llenas de apuntes, fórmulas y cálculos matemáticos. No salía de mi asombro. Mi entrañable amigo era no sólo un músico importante, era un buen matemático y un dibujante preciso ¡Todo un hombre del renacimiento!

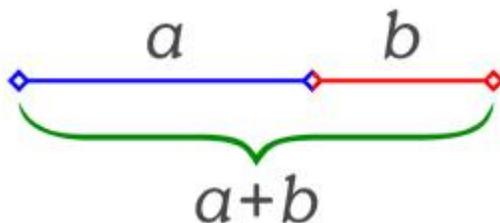
Comencé a abrir sus cajones y a coger objetos de ellos, algunos de los cuales me eran ya familiares dado que le habían sido regalados por mí. En otros cajones había partituras ordenadas dentro de carpetas etiquetadas. Leía sus notas, intentando encontrar la clave, pero... ¿la clave de qué? Todavía desconcertado por el sueño y la nocturnidad de aquel registro, comencé a murmurar algunos de sus apuntes: «Si calculamos matemáticamente el ángulo constante que deben formar las hojas o las ramas de una planta para que ninguna de ellas oculte por completo la luz a otra, se encuentra como solución un ángulo de $137^{\circ} 30' 27,95$. Si dividimos los 360 de una circunferencia en dos ángulos alfa y beta, tal que entre ellos y su suma que son los 360° totales, se cumple la proporción, es decir que el ángulo mayor alfa es al ángulo menor beta, como la suma es al ángulo mayor».

Recordé una conversación con Julio:

—Las plantas se reproducen de acuerdo a unos patrones, en su ADN está escrito a cuantos grados girará la próxima rama alrededor del tallo, el pétalo sucesivo en el cáliz. — Las matemáticas expresan lo que la naturaleza hace... — A pesar de todo no hay dos rosas iguales. El azar juega con las matemáticas.

Seguí pasando hojas al azar, leyendo encabezamientos como «La relación entre la diagonal del pentágono y su lado», «La disposición de los pétalos de las flores», «La distancia entre las espirales de una piña», «Relación entre las divisiones vertebrales», «La Gran Pirámide de Keops» y otros muchos.

Después de un mareo incesante de ilustraciones y fórmulas me quedé con una hoja vieja que narraba lo siguiente:



Dividimos un segmento cualquiera en dos partes, a y b , de manera que la razón entre la totalidad del segmento y la parte a sea igual a la razón entre la parte a y la parte b . Expresado matemáticamente:

$$\frac{a+b}{a} = \frac{a}{b}$$

$$\frac{a+b}{a} = \frac{a}{b} \Rightarrow a^2 = b(a+b) = ba + b^2 \Rightarrow a^2 - ba - b^2 = 0$$

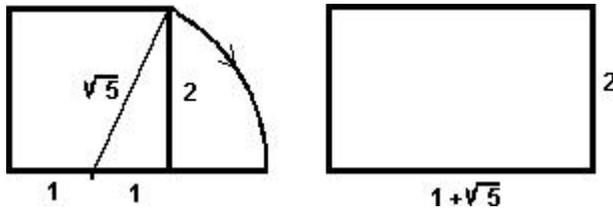
Despejando la ecuación de segundo grado el resultado es:

$$\frac{a}{b} = \frac{1 + \sqrt{5}}{2} = \Phi$$

Entonces lo comprendí. La división de un segmento según la proporción áurea consiste en crear dos segmentos de los cuales el menor es al mayor como este es a la totalidad. La relación entre las dos partes en que dividimos el segmento es el número fi (Φ) y ésta es la proporción que obsesionaba a mi amigo: el descubridor del número fi, Fidias, era el mismo que había en los frisos del Partenón.

La vieja hoja terminaba así:

El rectángulo áureo:



Dibujamos un cuadrado y marcamos el punto medio de uno de sus lados. Lo unimos con uno de los vértices del lado opuesto y llevamos esa distancia sobre el lado inicial, de esta manera obtenemos el lado mayor del rectángulo. Si el lado del cuadrado vale 2 unidades, es claro que el lado mayor del rectángulo vale $1 + \sqrt{5}$ por lo que la proporción entre los dos lados es $\frac{1+\sqrt{5}}{2}$ (Φ). Obtenemos así un rectángulo cuyos lados están en proporción áurea. A partir de este rectángulo se han construido muchos semejantes, desde el Partenón a las tarjetas de crédito.

Pasé así el resto de la noche hasta que vi a Rosalie en el umbral de la puerta, mirando desconcertada el desorden que yo había causado. Aún no estaba seguro de no encontrarme en un sueño.

— Buenos días.

— Buenos días ¿Tienes una calculadora?

— Pues no sé... espera, tengo el móvil de mi padre.

Pronto estaba de nuevo en la habitación con el teléfono en la mano esperando mis instrucciones.

— Bien, haz la raíz de cinco, súmale uno... ¿ya? Vale, pues divide lo que te dé entre dos.

— Da 1, 618033988...

— Espera... déjame el teléfono.— La interrumpí, pensativo.

Despacio, comencé a marcar la parte decimal del número y le di a la tecla de llamada. Me quedé mirando la pantalla, donde apareció la palabra «GERARD».

IV. EL ENCUENTRO CON GERARD PAULET

El 22 de diciembre, en el salón Gaveau de París sonaba el Concierto nº 3 para violín y orquesta de Wolfgang A. Mozart. El violinista que lo interpretaba era Gerard Paulet. A la salida, Rosalie y yo nos acercamos a él y nos presentamos. Declaró que se sentía muy decepcionado por Julio, que aún estaba esperando una disculpa por su parte por faltar al entierro de su padre y maestro de ambos: Gastón Paulet.

— Pues me temo que aún va a esperar mucho más tiempo. Julio falleció hace cuatro días.

La sorpresa del violinista fue tremenda. Se sentó, se quedó pálido y enmudeció. De repente salió de su silencio, ante nuestro desconcierto.

—Lo tengo en mi casa, acompañenme, por favor.

Por el camino, Gerard nos explicó que ese número de teléfono móvil era el único que siempre había tenido y que Julio se lo había regalado en una de las ocasiones en las que le visitó en su restaurante.

— Para crear una buena música se necesita algo más que conocimiento de matemáticas ocultas y proporciones divinas... lo interesante es que suceda al contrario: que los mismos intervalos y estructuras de las obras sigan la proporción áurea de manera natural. Lo que se necesita principalmente para componer una buena música es talento y tu padre lo tenía.

— Agradecería mucho su ayuda para publicar la obra póstuma de mi padre.

— Por supuesto. Para mí sería un honor grabar yo mismo sus composiciones.

V. LA SONATA

Al llegar a su casa, Gerard, con gesto digno, puso una carpeta sobre las manos de Rosalie diciendo:

— Mi padre lo dejó para Julio y él quería que fuese tuyo.

Se trataba de una partitura manuscrita y firmada por el propio Claude Debussy. Además un pliego rubricado y sellado por un notario francés confirmaba que aquella partitura original de Sonata para violín y piano en Sol menor, en

sus tres movimientos: *Allegro vivo*, *Fantasque et léger* y *Très animé*, había sido cedida por don Gaston Poulet, a don Julio Mauret.

Tiempo atrás, un 5 de Mayo de 1917, en el mismo Salón Gaveau en el que aquella tarde había tocado Gerard, Claude Debussy tocó por última vez el piano ante el público precisamente esta Sonata N^o 3, que ahora teníamos entre nuestras manos. Acompañaba al maestro un joven Gaston Poulet al violín. Entonces Debussy era ya un hombre muy enfermo, mientras Gaston era un joven lleno de vida.

¿Cómo describir nuestras sensaciones con aquellos papeles entre nuestras manos? (Y ahora pienso: los pliegos guardaban la regla Áurea, y nuestras manos, la relación entre las falanges de nuestros dedos, mantienen la proporción Φ).

Este era el regalo de Julio para su hija: la partitura escrita por la mano del mismísimo Debussy. Podría adquirir un enorme valor en una subasta, pero además la pieza encerraba en sí misma una musicalidad y un significado especial. Gérard abrió la caja de su violín y nos solicitó la partitura para interpretarla leyendo el original, como despedida. Todos los caminos nos habían conducido a aquel instante, a Gérard, a Rosalie y a mí, para escuchar seguramente uno de los momentos fi preferidos por nuestro amigo Julio, el del clímax de la sonata de Debussy. Como un homenaje a Julio sonaba aquel instante de la obra, el momento 0,618... El virtuosismo de Gerard se unía a aquella nota, la más aguda de toda la obra.

Rosalie me pidió como regalo de cumpleaños que la ayudara a cambiar de aires. Ahora navegamos a bordo del Euler. Ella mira el mar y canta con su suave voz una ligera canción: «Soy viajante, atrévete a probarlo todo, atrévete a dejarlo todo...».

Acabamos de abandonar el puerto, luce un sol espléndido, tenemos el viento en calma, por lo que estamos navegando a motor a unos 4 nudos. Ordeno: latitud 137 grados, 30 minutos. Rumbo al equilibrio perfecto... y desconocido.

Lidia Esteban López
Madrid